

La guerra incaica según una fuente española

Manuel BALLESTEROS-GAIBROIS (*)

LA FUENTE

Hace años tuve la fortuna de que me fuera permitido dar a conocer el original de la *Historia del Perú* del fraile mercedario Fr. Martín de Murúa¹, fijando de paso su verdadero apellido, que no es Morúa², como se había creído hasta entonces. Sin querer cortar la posibilidad de que otros autores analizaran y criticaran la fuente que nos venía a las manos en su irrefutable original, he intentado en diversas ocasiones poner de manifiesto las aportaciones que el nuevo texto encontrado nos facilitaba.

La guerra incaica es tratada incidentalmente a lo largo de los tres libros que constituyen la *Historia* de Fray Martín, pero siempre con abundancia de información, que me parece conveniente organizar y sistematizar, pues aunque en muchas ocasiones repite nociones que ya nos han sido proporcionadas por otras fuentes, la riqueza de noticias que recogió el mercedario en su larga estancia entre los indios, dan un carácter de frescura y autenticidad de que difícilmente gozan los datos proporcionados por otros escritores. Además los tratadistas que se han ocupado en visiones de con-

(*) Universidad Complutense.

1. Hallado en la Biblioteca particular del duque de Wellington, en Reding, y llegado a su poder como parte del botín conseguido por el primer duque en la batalla de Vitoria (1814), al apoderarse de todo lo que el rey intruso José I Bonaparte sacaba de España. Fue en el I Congreso de Peruanistas, celebrado en Lima en 1951, donde me fue dado el comunicar al mundo americanista el feliz hallazgo del original que se daba por perdido. Pueden consultarse las copias mimeografiadas (ya que las actas no fueron publicadas aún) hechas durante dicho Congreso.

2. El verdadero apellido con que firmó su obra no fue *Morúa*, sino *Murúa*, por aparecer así en las firmas autógrafas del original y ser además el nombre de un pueblo vizcaíno, de donde seguramente era natural el mercedario Fr. Martín.

junto, o no hablan de este tema, como Karsten³, pese a su bien sistematizado estudio, o no usan de la información dada por Murúa a su bien sistematizado estudio, o no usan de la información dada por Murúa en la parte hasta ahora conocida de su obra. Tal es el caso de Baudin⁴.

La *Historia* de Murúa, tal como aparece en la edición definitiva hecha sobre su auténtico original⁵, es un libro que merece que se haga un estudio sobre las fuentes que utilizó, carácter de sus informaciones y validez de sus datos. Su lectura detenida sugiere muchos comentarios a este efecto. En primer lugar notamos que la obra quiere seguir un proceso sistemático, en que se nos brinde la imagen total del Perú, en tres libros; el primero dedicado al *Origen y descendencia de los incas* (título con que fue conocida la obra hasta ahora), el segundo al *Gobierno que los Incas tuvieron en este reino y ritos y ceremonias que guardaban*, y el tercero al *estado del Perú y sus ciudades bajo la organización española*, con indicaciones relativas al Perú antiguo. Este intento sistematizador, no obstante, es a veces violentado por la intrusión de digresiones acerca de tradiciones, narraciones breves (como la de la «discreta Chuquillanto») y comentarios.

Dentro de esta estructura, va con bastante rigor narrando la historia de los incas, de sus coyas, de sus familias, de sus conquistas y trazando un acabado cuadro de su civilización y de su sociedad, dejándose llevar de dos notas destacadísimas: una ingenua credulidad en que todo lo que sucedía no tenía otro fin o predestinación que permitir la predicación del Evangelio, aceptando incluso (sin más comentarios) apariciones de la Virgen o Santiago, y una sistemática repulsa por todo lo que sea violencia o codicia, ya sea de poder o de riquezas. Este último aspecto es el más interesante y da profundidad y relieve a lo que dice, pues fustiga por igual las increíbles crueldades de Quis-Quis y las opresiones de Hernando Pizarro. No le guía —pues— un partidismo de pueblo o de raza, sino que se deja llevar por su criterio cristiano de ministro de la Iglesia. Podemos, por ello, decir que su *historia* es un auténtico *relata refero*, en que va incluyendo aquello que llega a sus oídos, que es aceptado por cierto por el consenso

3. R. KARSTEN: *La civilisation de l'Empire Inca. Un état totalitaire du passé*. Payot, París, 1952.

4. Louis BAUDIN: *L'empire socialista des Inka*, París, Institut d'Ethnologie, 1928.

5. Esta edición ha sido cuidada por mí y su ficha es: Fray MARTIN DE MURUA, *Historia General del Perú...* I vol., con una ofrenda por el Aprendiz de Bibliófilo, Prólogo del Excmo. Sr. Duque de Wellington y Ciudad Rodrigo. Introducción y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid, 1962. Colección de Joyas Bibliográficas, «Bibliotheca Americana Vetus» I. Vol. II, Madrid, 1964, con apéndice instrumentales e índices. La cita de los pasajes de Murúa que se hace a lo largo del texto de este artículo van referidas a esta edición. El primer número en romanos es el del Libro (tres tiene la obra), el segundo, en arábigos, es el del capítulo, y el tercero, también en arábigos, es el de la página, indicándose entre paréntesis, en romanos, el volumen a que corresponden las páginas mencionadas. Agotadísima esta edición *princeps*, la obra fue reeditada en la colección de *Crónica de América* de Historia 16 (n.º 35) con numerosísimas notas e introducción mías.

general de las gentes que habitaban el Perú a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, en que él va componiendo sus libros historiales.

Hecha esta indispensable introducción, para tener confianza en las informaciones de Murúa, entremos en el tema, que parece de la mayor importancia, ya que es gracias a la guerra y a los medios que en ella emplearon cómo los Incas consiguieron su primer fortalecimiento y la subsiguiente *expansión de l'empire*, como califica Baudin a la conquista incaica⁶.

Entenderemos por guerra en este trabajo no solamente lo propiamente bélico, sino también todo aquello que se relaciona con la política militar de los incas, desde el reclutamiento y planificación de las campañas hasta el asentamiento duradero de la dominación en los territorios conquistados.

1. LA PREPARACION DE LA GUERRA

Es un *leit motiv* de las crónicas el relatar cómo los incas organizaban expedición tras expedición, aunque no sin haberlas preparado cuidadosamente, tanto en la reunión de los hombres que habían de tomar parte en ellas como de bastimentos, depósitos, armas, etc. Garcilaso se entretiene en presentarnos la gran política incaica de planificación y ejecución. Veamos lo que nos dice Murúa.

Ordenanzas y plan. Es seguramente en relación con el reinado de Huayna-Capac cuando Murúa es más detallado y minucioso, lo que nos lo hace más creíble, ya que en su tiempo pudo recoger aún muchas memorias vivas de aquel en que vivió el padre de Atau Huallpa y Huaskar. Así, nos informa que fue Huayna-Capac el que dio unas *ordenanzas*⁷ para el orden que se había de seguir en la guerra desde antes de que comenzara. Se trata de un plan para la que hoy llamaríamos «guerra ofensiva» o de conquista, o de reclamación de una ofensa. En primer lugar los «embajadores» habían de reclamar por vía diplomática la cosa robada o satisfacción si había habido injuria, en caso de que no se lograra esto se *movería* la guerra⁸. Ya en ese caso, la administración de la guerra se encomendaba al *yndio* o *capitán* de mayor esfuerzo y prudencia que, siguiendo estas ordenanzas, elegiría, de aquellos a quienes correspondía acudir a la guerra (conforme al reclutamiento de que luego se habla), a los soldados más fuertes. Emprendida la campaña, era orden del Inca que si los enemigos se

6. Capítulo XII, pp. 203 y ss., de la edición citada.

7. II. 22. 90-91 (II).

8. La palabra «embajadores» es de la cosecha de Murúa, ya que los indios, como es sabido, no tenían noción real de lo que era una embajada, de sus privilegios y prerrogativas, ni mucho menos del Derecho de Gentes. Eran emisarios, muchas veces sacrificados por aquellos a quienes visitaban.

encerraban en alguna fortaleza no se talaran los árboles frutales, pues serían luego necesarios una vez dominada la tierra. Si la campaña era contra indios rebeldes, se podía matar a todos por orden del capitán, *sin dejar ninguno*, aunque si pedían misericordia se los convertía en tributarios. Mientras era tiempo de guerra, las mujeres no tocarían tambores, ni se harían fiestas o regocijos.

Huayna Capac institucionalizó también el orden previo de las campañas, constituyendo una especie de Estado Mayor deliberante. Murúa nos dice que «...hizo Junta General de todos sus consejeros, gobernadores y capitantes y hombres de guerra, a donde trató y propuso en qué lugar y provincia empezaría la guerra...»⁹, y del mismo modo, cuando se trata de tomar el fuerte de Caranguí, hace nueva Junta de guerra¹⁰.

Reclutamiento. Sin necesidad de elevarnos a una interpretación general de la Historia, sino bastándonos el recuerdo de los grandes imperios militares que han sido (desde Alejandro a Napoleón), sabemos que los grandes conquistadores han precisado, como *materia prima* para sus campañas, del material hombre tanto como del armamento o de las comunicaciones y bastimentos. No fueron los incas excepción de esta regla y todos los cronistas nos mencionan de pasada las «naciones» (es decir, las procedencias) que integraban el ejército de tal o cual campaña. Así Murúa dice en una ocasión que Tupac Inca Yupanqui salió del Cuzco en campaña, con sus hermanos, acompañado de un numeroso ejército de «diferentes naciones»¹¹. Pero esta indicación tan genérica no explica cómo se llevaba a cabo la clasificación y reclutamiento de los «mozos», para obtener remesas regulares de soldados, ni cómo se hacían las levas en los países sometidos para conseguir mayor número de combatientes. Leamos cómo los describe Murúa.

Cada cinco años era enviado desde Cuzco un *Tucuc Ricuc* a las «provincias y pueblos», que reunía en una pampa vecina al poblado o ciudad a «toda la gente, desde los viejos decrepitos hasta los yndios niños de teta», dividiéndolos por edades en diez calles para los varones y otras diez para las mujeres. «Visto el número y cantidad de jente que abía, sacando todos los yndios oficiales¹² para el Ynga... y los que eran suficientes para la milicia» se procedía a su clasificación¹³. Así, «en la primera (calle) abía yndios que llamaban *aucacama*¹⁴, que eran para todo trabajo dispuestos y aparejados, desde edad de beinte y cinco años hasta cinquenta, de los cua-

9. I. 32. 82 (I).

10. I. 33. 88 (I).

11. I. 21. 51 (I).

12. Murúa llama «oficiales» no a los que tenían un cargo oficial, o eran, en nomenclatura administrativa y jurídica del tiempo, en España, «oficiales reales», sino a los que practicaban algún oficio.

13. II. 20. 81 (II).

14. El subrayado es mío.

les se sacaba para la guerra los que eran hábiles y suficientes y los demás se destinaban en otros oficios y ministerios de trabajo, y esta era la calle principal»¹⁵. Pero la guerra no necesita sólo de soldados, sino también de auxiliares, y éstos se hallaban en la quinta calle, en la que «abía mancebetes de diez y ocho a veinte y cinco años, que se decían *Saya Paya*, que significa acompañador de los yndios de guerra, porque era su oficio ayudar a llevar los peltrechos (*sic*) y armas a los soldados»¹⁶, lo que nos da ya una imagen del modo de marchar un ejército incaico a la guerra.

Pese a esta reclasificación quinquenal que llevaban a cabo los *Tucuc Ricuc*, el Inca «no tubo menor aviso... en la división de sus vasallos que en el saber el número y cantidad que tenía dellos en su Reino, para que cada uno atendiese a lo que se le mandaba y no vsurpase oficio ajeno»¹⁷, lo que nos deja saber (corroborado por todas las fuentes) el orden censitario del imperio. De esta clasificación:

«La quinta orden era de los soldados que estaban señalados para guardia de las fortalezas y guarnición de las provincias, y iban a las conquistas. Estos, su continuo ejercicio era jugar las armas que tenían señaladas, conforme su inclinación, y seguir las órdenes de sus capitanes, y rezian el sustento ordinario de los depósitos del Ynga»¹⁸.

Este párrafo nos comprueba la existencia de un servicio militar obligatorio entre los indios y la presencia de un ejército regular.

Pero muchas veces no bastaba esto. Sabemos por otras fuentes que se estableció un turno de ejércitos tanto para las campañas como para las guarniciones, para evitar largas permanencias en lugares que fueran perjudiciales para su salud, por estar habituados a otros climas, pero no se indica generalmente el modo usado por los incas en la recluta de gente no perteneciente a su «nación», con el doble fin de restar hombres —posibles combatientes en una sublevación— a las tierras dominadas y engrosar los contingentes destinados a las conquistas. Murúa tiene un texto harto elocuente a este respecto:

«Como la puxanza de Quisquis¹⁹ fue tan grande que traya doblado ejército del que sacó de Tomebamba, a causa de que en todas las provincias que ganaba se rehacía de gente nueva, y todos se le juntaban de temor de los grandes y crueles castigos que hacía en los que no les salían a dar obediencia...»²⁰

Ceremonias religiosas, propiciaciones y ritos. Los incas fueron gentes de gran aparato religioso. No es ahora el momento de entrar en los aspectos

15. II. 20. 82 (II).

16. II. 20. 82 (II).

17. II. 21. 84 (II).

18. II. 21. 85 (II).

19. Se refiere a la guerra civil entre Huaskas y Atau Huallpa.

20. I. 52. 153 (I).

verdaderamente profundos de este sector de la cultura incaica, sino solamente en los formales y rituales, de que Murúa nos informa detalladamente, en relación especialmente con la guerra.

Cuando los incas salían para combatir, sacrificaban previamente pájaros de la puna, con el objeto de rebajar las fuerzas de sus contrarios. A esta ceremonia se la llamaba *cuzo riza*, *contiriça*, *huallariça* o *copa riça* y constaba de una serie de actos cuidadosamente observados: se comenzaba por reunir los pájaros (llamados *quiço*) y leña espinosa o *yaulli*, con la que se hacían hogueras a las que se echaban las víctimas plumíferas. Mientras el fuego iba consumiendo a las víctimas, los oficiantes bailaban alrededor, portando piedras redondas y esquinadas, en las que había pintados leones, culebras, tigres o sapos, al tiempo que entonaban el encanto o *usuchum*:

*«Suceda nuestra vistoria bien
piérdanse las fuerças y ánimo
de las huacas de mis enemigos.»*

Sacaban entonces de su encierro —donde no habían comido— a los carneros *urca* y los sacrificaban y si la grasa de junto al corazón había desaparecido con el ayuno, esto era buen agüero, pero si no era así, traían a unos perros negros, *apurucos*, a los que sacrificaban, dando su carne como comida a los uros, «gente çafia, vil y para poco, del Collao»²¹.

La devoción se manifestaba también durante la guerra. Así Huayna Capac, en su campaña contra los chiriguano, que había de dirigir Yasca, ordenó que cada pueblo llevara su huaca particular: los de Cajamarca y Huamachuco, la huaca Catiquilla; los chachapoyas, la huaca Cuychaculla, y los tartimos y atabillos, las huacas Tumayrica y Chinchay Cocho²².

También al terminar las campañas se hacían demostraciones al sol, en cuyo nombre se habían realizado las conquistas. De este modo Tupac Inca Yupanqui²³, al volver de la campaña del Arauco, hizo sacrificio «de los más principales señores que traya cautibos de todas las provincias conquistadas, al sol muchos dellos...»²⁴. Como vemos, la sangre, a la que tan aficionados fueron los incas, corría también en acción de gracias.

Alardes. Carácter puramente militar o bélico tenían las demostraciones preliminares o previas a la guerra, o al comienzo de las campañas, así como las medidas que tomaban para amedrantar al enemigo durante el combate. Los alardes, pues este es su verdadero nombre, nos los describe Murúa del modo siguiente:

21. II. 27. 106-6 (II). Los uros siguen siendo un pueblo marginado, algunos uros se pretende rehabilitar.

22. I. 36. 99 (I).

23. Murúa lo llama siempre así. Sobre la secuencia del Inkario según Murúa puede consultarse mi trabajo *Protohistoria peruana: la Capaccuna según Murúa*. IV Congreso Internacional de Prehistoria y Protohistoria. Madrid, 1954.

24. I. 25. 61 (I).

«...salió Huascar Ynga²⁵ en sus andas a ver a sus soldados y escuadrones y la orden que tenían, y viéndose, tocaron luego infinidad de instrumentos militares que en las batallas suelen usar, de bocinas, flautas, caracolas y huesos...»²⁶.

De ese informe sacamos también que estos «instrumentos militares» los usaban durante la batalla, así como «al pelear se embijaban, para parecer más fieros y terribles a los contrarios»²⁷.

2. DESARROLLO DE LA GUERRA

Los incas, como sabemos, no ganaban sus guerras solamente porque las tuvieran bien preparadas y garantizado el reclutamiento y ejercitación de sus soldados, tal como nos ha contado Murúa, sino porque eran hábiles en el desarrollo de las campañas, sabían usar diestramente de sus contingentes, buscar sabiamente la derrota de sus enemigos y conseguir la victoria.

Estrategia y empleo del ejército. Dos ejemplos nos brinda Murúa, uno de Tupac Inca Yupanqui y otro de Huascar contra Quisquis cuando la sublevación de Atau Huallpa. Veámoslos.

Estaba Tupac Inca Yupanqui conquistando en la vertiente oriental de los Andes, por las tierras de los chunchos, cuando le llegó noticia de una sublevación de los collas²⁸. Interrumpió entonces su campaña y se trasladó con todo el ejército a Vicos, donde lo dejó, partiéndose él solo para el Cuzco, donde reunió las reservas que allí tenía, a las que llevó hasta Vicos, donde tomó a los veteranos ya descansados y emprendió la victoriosa campaña contra los collas²⁹, dando así ejemplo de prudencia al no dejar desguarnecido Vicos, punto importante para retomar la interrumpida campaña contra los chunchos, al tiempo que empleaba en la represión el ejército entrenado y veterano.

Huascar, como prudente soberano, tomó primero consejo de sus hechiceros, para que le augurasen si tendría o no fortuna en la campaña que iba a emprender contra el ejército de Quisquis, general de su hermano Atau Huallpa. Tranquilizado por los pronósticos, no demasiado sinceros, sale a campaña con toda la gente «que pudo de todas las naciones desde Chile», dirigiéndose a Cotabamba al encuentro de Quisquis y de Chalcu Chima, no sin planear un movimiento envolvente. Para mejor cumplirlo y no ser a su vez envuelto por el numeroso gentío que traían sus enemigos, ordenó

25. A dar batalla a Quis-Quis.

26. I. 53. 158 (I).

27. II.23.94 (II), «Embijar», pintarse el cuerpo, con la *hija* o *hixa*, llamada hija orellana.

28. Siempre levantiscos, especialmente cuando los incas estaban en lejanas campañas. Los *collas* eran (y son) los aymaras, en Bolivia.

29. I. 24. 58-59 (I).

que los del Colla Suyu y Conti Suyu, Chuischarcas y Chile³⁰ marchasen en dirección de los Omasuyus, con el fin de que todo enemigo que encontraran lo fueran empujando hacia el río de Cotabamba. Simultáneamente mandó que por «la parte de abaxo, que es hacia la puente de Apurima», marchasen Huanca Auqui, Huapanti y Paca Mayta, a «embestir a los enemigos por otro lado, de suerte que procurasse subir al cerro de Cotabamba a dalle la batalla y cogiéndolos en medio los destruyesen más fácilmente»³¹. La práctica demostró inmediatamente dos cosas: lo acertado de la medida estratégica y que los generales de Atau Huallpa habían pensado por su parte una maniobra similar, ya que «los Chumpiulcas, Chuis y Charcas, y Chile y demás naciones que habían salido en la horden dicha», hallaron en Tauaray un cuerpo de ejército enviado por Quisquis por los chumbivilcas para llegarse al Cuzco, tomando a Huaskar por la espalda. Más rápidos, o porque iban preparados para esta maniobra y ataque, los de Huaskar derrotan a los de Quisquis, haciendo una mortandad de diez mil indios³². Rampa Yupanqui, el victorioso capitán, usó de la licencia que tenían los jefes militares desde las citadas *ordenanzas* de Huayna-Capac, y «muy goçoso por la victoria, mandó luego cortar las cabezas de los capitanes de Atao Hualpa que fueron pressos y de otros muchos, haciendo en los prisioneros grandes castigos»³³.

Orden en el combate. Los españoles admiraron desde un comienzo la sabiduría combativa de los indios y su disposición para la guerra, demostrada en lo rápidamente que supieron usar contra ellos de su misma táctica, emplear sus armas y hasta montar a caballo. De esta sabiduría deja constancia Murúa en varios pasajes, en que relata cómo combatían los incas. Disponían primeramente que los hombres se agruparan por armas (lanzas, hondas, etc.), aunque a veces peleaban mezclados, si eran de una misma nación. Aficionados los indios a los parlamentos, antes de entrar en combate eran arengados por el capitán o jefe que, sobre todo, los estimulaba poniéndoles de manifiesto el enojo que tendría el Inca si eran derrotados. No sabemos, pues Murúa no lo dice, si en esto iba envuelta o no una amenaza, pero sabemos con cuanta frecuencia los generales derrotados eran castigados por los Incas con la muerte. Hecho esto, comenzaba el combate, embistiendo al enemigo por escuadrones y, si era amplio el campo, todos a la vez, con un enorme griterío. Prudentes, sin embargo, guardaban siempre un escuadrón de reserva o «de socorro»³⁴.

Cuando lo que se realizaba era una campaña amplia y en marcha, el

30. Murúa da frecuentemente los nombres modernos, contemporáneos suyos, a las tierras de donde procedían los indios. Tal con Chile.

31. I. 53. 156-57 (I).

32. Las cifras relativas a contingentes de indios hay que tomarlas siempre con reservas, como es sabido, en los textos de los cronistas.

33. I. 53. 157 (I).

34. II. 23. 94 (II).

ejército se dividía en vanguardia y retaguardia, pero no como dos partes ocasionalmente separadas, sino como medida práctica para que el ejército no pudiera nunca ser totalmente copado, sin tener la ocasión de que una parte de él pudiera incorporarse, con ventaja, al combate una vez comenzado. El Inca iba en reserva con el grueso del ejército. Así fue como procedió, según Murúa, Huayna Capac en la campaña contra Pasto³⁵. Cuando acampaban en el curso de una de estas campañas, se organizaba el campamento y se ponían las guardias que impidieran sorpresas por parte del enemigo, como ocurrió en la misma campaña contra Pasto, en que parte del ejército fue destrozada por un asalto impensado, porque se habían entregado despreocupadamente al descanso. En esta ocasión, y la frase es muy reveladora, como vamos a ver, Huayna Capac..., reprendió y riñó a los capitanes, increpando el descuido y negligencia que habían tenido en no fortalecerse en el pueblo principal y, haber puesto guardas y espías, *según el orden que en la guerra suele guardarse*³⁶. En la frase subrayada cabe la duda de si el «orden... que suele guardarse» es en toda guerra o era precisamente en la guerra que los incas hacían. Notemos, sin embargo, que Murúa distingue, y no por reiteración, «guardas» y «espías», pues éstos últimos eran una parte importante del ejército, a los que se confiaba muchas veces el éxito de una campaña, constituyendo un verdadero «servicio de inteligencia», como claramente lo expresa Murúa en otro pasaje:

[Los espías eran] «yndios que servían en las fortalezas de espías, y en los caminos, y en las tierras de los enemigos»³⁷.

Volviendo al orden de batalla, recordemos otro pasaje de Murúa, en que el mercedario va narrando la campaña de Huanca Auqui contra Atau Huallpa y cuenta que en la batalla de Tomebamba Huanca Auqui «acordó de entrar a darle batalla por diez partes... dividiendo a su gente en ellas»³⁸.

Aprovisionamiento. Muy conocida es la organización incaica de provisión, reseñada por todos los cronistas, para que sea necesario anotar todas las *informaciones que Murúa da sobre el particular, ya que no son más que repetición de lo sabido.* Que los depósitos imperiales estaban especialmente dispuestos para el aprovisionamiento del ejército, lo dice al narrar la misma campaña de Huanca Auqui contra los ejércitos de Atau Huallpa, escribiendo que el general de Huascar «...se rehizo de todo lo necesario de armas y vestidos de los que había en los depósitos»³⁹ de Bombón.

35. I. 32. 82 y ss. (I).

36. El subrayado es mío. I. 32. 85 (I).

37. II. 21. 87 (II).

38. I. 49. 144 (I).

39. I. 52. 152 (I).

Insignias y distintivos de jerarquía. Los cronistas repiten que los militares incas tuvieron sus distintivos, banderas, condecoraciones e insignias. Murúa no es una excepción y se entretiene en las descripciones, como cuando habla de la salida del ejército de Huayna Capac para la conquista del Norte:

«Salieron los naturales del Cuzco y los orejones bizarros y galanes, con muy vistosos vestidos y armas muy lucidas y vistosas...»⁴⁰.

Dejando a un lado la defectuosa prosa del mercedario, es expresiva su descripción de cómo se distinguía el escuadrón de orejones de los demás indios combatientes. En otro lugar insiste sobre los distintivos:

«Los capitanes tenían sus banderas y, en ellas, las señales por donde eran conocidos diferentes, y quando entraban en la batalla era la primera y más notable la del capitán general, y la más perfecta en todas las ocasiones de guerra»⁴¹.

Qué quiere decir con «capitán general» lo tiene aclarado en otro lugar, diciendo cómo Atau Huallpa nombró diferentes cargos para atacar a Huanca Auqui: general a Quis-Quis, teniente o maestre de campo a Chalcu-Chima y capitanes a Yura Hualpa, Rumiñahui, Tumairana y Vcumari⁴².

Las armas. En diversas ocasiones Murúa se detiene en pormenorizar el armamento del ejército incaico. Comencemos por ver lo que dice de su fabricación. Cuando habla de la clasificación de los vasallos, dice que el Inca a «otros (indios) ocupaba y repartía en hacer munición de lanzas, arcos, flechas, hondas, champis y macanas para la gente de guerra»⁴³, armas que en el palacio del Inca —que describe minuciosamente— se guardaban en lugar especial:

«Junto a esta segunda puerta estaba la armería del Inga, donde había de todo género de armas que ellos usaban, es a saber, flechas, arcos, lanzas, macanas, champis, espadas, eseladas⁴⁴, hondas, rodela fuertes, todo puesto muy en orden y consierto»⁴⁵.

Esta lista la repite nuevamente en otro lugar, ya con intención descriptiva. Las armas eran: lanzas *tostadas*⁴⁶, de palma, fuertes y *ponçoñosas*⁴⁷, arcos y flechas, dardos *arrojadisos*, macanas hechas de palma, hondas,

40. I. 31. 80 (I).

41. II. 23. 93 (II).

42. I. 51. 150 (I).

43. II. 20. 81 (II).

44. Celadas.

45. II. 20. 32 (II).

46. De madera o palma endurecidas a fuego, de ahí «tostadas».

47. Envenenadas.

champs «que tienen en la punta una como estrella de cobre fortísima» rompecabezas, rodela y morriones, tejidos, que defendían de un golpe de espada⁴⁸. Al hablar de los castigos, vuelve a describir las armas y dice como «unos fueron asaeteados con tiraderas y baras tostadas...»⁴⁹ o endurecidas a fuego.

Pero la lista no se acaba. Ya hemos visto como en este último párrafo se incorporan las «tiraderas» a la lista. Al hablar del armamento de los collas, dice:

«...Y principalmente en los collas, que como eran gente que peleaba con *ayllos*, y no con otras armas, y tomados de repente en lugares angostos y desacomodados (se refiere a Pasto), donde no podían mandar aquellas armas, ni aprovecharse dellas...»⁵⁰.

Con lo cual muestra claramente que las «boleadoras» sólo podían ser usadas en lugares abiertos, lo que aclara en otro párrafo, al referir la prisión de Huascar en la batalla de Cotabamba por Chalcuchima:

«Y con unos instrumentos con que enlazan los benados, que tienen unas pelotas de plomo, tiraron a gran priesa a los que llevaban las andas, y dándoles en las piernas cayeron, dando con Huascar en tierra...»⁵¹.

Aunque no sean armas, los ejércitos suelen emplear instrumentos musicales o auxiliares durante el combate, ya sea para dar ánimo a los combatientes propios o para infundir miedo a los contrarios. No es una excepción el ejército incaico, y Murúa nos lo prueba, aunque ya había hablado —como vimos— de ello, incidentalmente. Nos habla de tambores «a modo de atabales»⁵², cuyos *palotes* eran de plata, con remates redondos, y también de que «tenían caracoles que suenan mucho, y los hacían retumbar con cabazos grandes y de caracoles y ostiones, y aún flautas de güesos de benados...»⁵³.

Asedios y asaltos de fortalezas. Es general en los pueblos primitivos poseer fortalezas o acrópolis, no con el fin de defender la totalidad del territorio, sino para encerrarse en ellas cuando son atacados por los enemigos. Esta práctica, como sabemos, duró hasta la Edad Media europea, y fue también propia de los indios de los territorios que los incas fueron integrando poco a poco en su imperio del Tahuantinsuyu. Era pues preciso a los incas en sus conquistas ir debelando fortalezas y tuvieron para ello métodos, que no se diferencian mucho de los usuales en toda guerra. Así

48. II. 23. 94 (II).

49. I. 56. 168 (I).

50. I. 32. 85 (I).

51. I. 54. 161 (I).

52. II. 23. 94 (II).

53. *Ibidem*. A las caracolas-trompeta las llamaron pututos.

cuando Chusqui-Huamán, en tiempos de Huaskar, sitia a Pumacocha, cerca totalmente el fuerte, para rendir por hambre a sus defensores⁵⁴, y Huayna Capac emplea otro método para vencer a los cayambis, encerrados en la fortaleza de Carangui. Tras una derrota de los sitiadores, por haber intentado un ataque frontal y total, Huayna Capac idea otro sistema, que evite pérdida de vidas humanas propias —entre los muertos se había contado su hermano Auqui Toma—, que consiste en enviar a la gente del Chinchaysuyu y a los orejones a avanzar por ambos lados de Carangui, pero dejándola atrás, como si fueran de paso «para otras provincias», pero deteniéndose en realidad a algunos kilómetros a espaldas de la fortaleza. Hecho esto, Huayna Capac embiste nuevamente de frente, con sus tropas, fingiendo en un determinado momento una derrota, retrocediendo. Los cayambis cayeron en la celada y salieron de la fortaleza a perseguir a los falsos derrotados dejándola desamparada, lo que fue aprovechado por Mihi, general de la tropa que había seguido adelante, para arremeter por la espalda de la fortaleza y hacerse con ella, tomando al enemigo entre dos alas contrarias.

Defensa de las fronteras y fortalezas. Sólo sabe atacar fortificaciones quien sabe defenderlas, fue, en síntesis, el principio sentado por Vauban, el gran ingeniero militar de Luis XIV. Los incas, que son anteriores, y nada supieron de poliorcética práctica, establecieron también, como los romanos, su «limes» y tomaron sus medidas de defensa, de las que informa Murúa cumplidamente.

Los «gouernadores de las probincias» tenían a su cargo la defensa de las fronteras y los accesos al interior, y así ellos «tenían a su cargo la fábrica de puentes y el adereso de ellas, especial si estaban en frontera y se temían de los enemigos, y de tener en ellas las guarniciones necesarias»⁵⁵. Si el enemigo atacaba, era el curaca de la zona el encargado de poner remedio, pero si no era suficiente él, se hacía consejo en Cuzco con los cuatro grandes orejones y el general a cuyo cargo estaba la frontera, asesorándose por los expertos en el terreno atacado, que informaban de sus características. Se hacía entonces el plan de defensa, que se difundía en forma de órdenes concretas, «escritas» en los quipus. Se designaba entonces al general de las operaciones, al que el inca dignificaba con mucha autoridad, boato, andas, mujeres, ricos vestidos, etc., dándose la orden de movilización a las provincias, debiendo acudir cada hombre con su armamento y, si no lo tenía, era castigado. Se movilizaban también los jóvenes de dieciocho a veinticinco años (como ya se indicó), para que sirvieran en el transporte de los bagages. Esta movilización debía hacerse inmediatamente, en horas. Los soldados que tomaban parte en esta campaña defensiva no reci-

54. I. 44. 126 (I).

55. II. 52. 52 (II).

bían paga alguna, pero sí, después de la guerra, premios en vestidos y mujeres⁵⁶.

El «limes» o frontera permanente estaba guarnecido de fortalezas, para vigilar el posible paso de enemigos. Tupac Inca Yupanqui «acaudadas las conquistas... hizo en Tumbes una fortaleza, para poner más en freno y sugestión aquellas provincias y aquella parte de los llanos que cayan a la mar...»⁵⁷.

También podía darse el caso de que los incas tuvieran que recurrir al expediente de fortificar —como los cayambis— para protegerse de ataques enemigos, como cuando Huanca Auqui, huyendo de Atau Huallpa, se encerró en Tomebamba, levantando barricadas: «... y allí se hacía fuerte atajando las calles»⁵⁸.

3. DESPUES DE LA GUERRA

Termina la guerra, los soldados son enviados a sus pueblos, o a sus guarniciones, el Imperio celebra el triunfo, el Inca quiere manifestar su grandeza ante su pueblo y premiar a quienes han conseguido la victoria. Ya no hay guerra, pero suceden cosas que son el resultado de ella, entre otras el aseguramiento de la posesión de lo que se ha conquistado. Sobre ello informa también Murúa.

Botín. Es ley general de guerra el sacar beneficios de ella, el más elemental de los cuales es el botín⁵⁹. Este botín entre los incas solía cobrarse en la batalla misma, en que cada combatiente tomaba lo que podía, sin que luego se le quitara nada, excepto el general, que prefería esperar a que el Inca hiciera reparto de las presas mayores, de que le tocaba buena cantidad⁶⁰. Murúa insiste mucho en la presa de mujeres, y así, incidentalmente, cuando habla de las esposas del Inca, dice que «a cada una de las cuales dauan (los incas) cien y çinquenta yndias de servicio, que eran de las que el Cusi Huana Churi (Pachacuti) traía de la guerra cautivas»⁶¹.

El «triumphum». Los romanos establecieron la costumbre de que el general que había conseguido una victoria completa, que daba fin a una campaña o a una guerra, tenía derecho al *triumphum* o entrada triunfal —valga la redundancia— en Roma, con todo su ejército y con los jefes vencidos, encadenados y cautivos. Los incas no pudieron saber nada de todo esto, pero con una coincidencia de manifestaciones, que hubiera entusiasmado

56. II. 23. 93-94 (II).

57. I. 22. 52 (I).

58. I. 50. 146 (I).

59. Véase R. LEWINSOHN: *Les profits de guerre a travers les siecles*. Payot, Paris, 1953.

60. II. 23. 94 (II).

61. I. 86. 4 (II).

a Bastian, organizaron su *guarichico* «...que es un regocijo o fiesta, por la batalla y bencimiento»⁶².

Esta costumbre parece consolidada en los últimos reinados del Inkario, y así vemos a Tito Atauchi, que después de tomar Pumacocha hizo muchos prisioneros, pero a «...algunos bien agestados guardó para el triunfo con que había de entrar en el Cuzco...»⁶³, lo que tiene hasta la rara coincidencia del empleo de la misma palabra por el cronista. Si creemos a Murúa, debióse a Inca Yupanqui el establecimiento de la costumbre, pues no cuenta que después de volver el Inca de vencer a los soras y lucanas⁶⁴:

«...Se volvió al Cuzco y buelto ordenó la manera de los cantares con que había de entrar triunfante de sus enemigos, hasta llegar a la casa del Sol, do hacían hechar (*sic*) en el suelo a los vencidos los más principales y les pisaban, pasando sobre ellos y diziendo: *a mis enemigos piso*, y esto sin que los vencidos alçasen las cabezas, sino tendidos en el suelo, como está dicho»⁶⁵.

César fue menos duro con Vercingetorix en su triunfo. Murúa, como muchos otros cronistas sitúa en la época de Pachacuti las grandes innovaciones, y por ello a él atribuye la reglamentación de este ceremonial. Notemos, insistiendo en la coincidencia, cómo habla de un «entrar triunfante». En tiempos de Huyana Capac parece ya todo institucionalizado, según se desprende del siguiente párrafo de nuestro cronista:

«Concluido todo lo dicho, mando Huayna Capac escoger de todos los prisioneros los más principales y los más bien agestados y señalados entre los demás por su horden de todas las hedades, ansí hombres como mujeres, para embiallos al Cuzco y que los guardasen para metellos en el triumpho con que pensaba entrar, según su vsanza antigua»⁶⁶.

Notemos que insiste en lo de entrar (lo que sugiere una procesión triunfal) y en «metellos» en esta procesión como una parte de alarde *post victoriam*.

Donde Murúa se detiene más ampliamente en brindarnos una acabada estampa de lo que era triunfo incaico, es en el capítulo 41 de su libro I, casi enteramente dedicado a narrar el «Solene triumpho con que entró el exercito de Huaina Capac en el Cuzco». Aunque sea largo, vale la pena copiarlo, pues no tiene desperdicio ninguna de sus líneas:

«E querido poner y detenerme en este solemnissimo triumpho del exercito de Huyana Capac para que se entienda que estas naciones, tenidas de todos por bárbaras festejaban y celebrauan sus vencimientos con regocijos y fiestas militares, haciendo en ellas ostentación y muestra del valor de los soldados, de las

62. I. 9. 35 (I).

63. I. 45. 130 (I).

64. Unas veces los llama Lucanas, como en este texto, y otras Rucanas.

65. I. 19. 46-47 (I).

66. I. 36. 98 (I).

armas que ganaron a sus enemigos, de los despojos que quitaron, del número de cautivos que prendieron en las batallas, del adorno suyo y gallardos animos que tubieron, rematadas todas estas muestras con sacrificios al hacedor y sol y demás huacas y adoratorios que tenían, y juntamente con grandes bailes, danças y cantares, mezclados con comer y beber abundantissimamente... Trayan para el triumpho un bulto y retrato de la persona de Huaina Capac, el qual venía en unas andas muy ricas hechas a manera de teatro y trono, y él allí dentro en pié, armado con las armas que acostumbraua a salir a batalla y los vestidos que solía sacar a la guerra. Entró en el Cuzco esta figura y todo el exercito triumphante, con orden y concierto militar, en la manera siguiente. Ante todas cosas, Huascar Inga, Por engrandecer y sublimar el triumpho y la entrada de su padre, mandó que todas las calles del Cuzco y los anderes que estauan alrededor, que las frentes que hiciesen pared al Cuzco todo estubiese entapiçado y cubierto de ropas finas de colores y las cassas y torres del Cuzco estubiesen cubiertas de ropa de cumbi, con argentería de oro y plata, las más ricas y vistas que tubiesen. Y en todas partes hauía infinito número de los moradores del Cuzco, así hombres como mujeres, y de las prouincias, comarcas, que se hauian juntado a ver el triumpho, y así empeçaron a baxar por la ladera de Yauira abaxo, porque mejor pareciesc la gente y los esquadrones diessen más muestra de su biçarria y binieron a dar a Picho y Sahuamarca y allí, en su ordenanza, al templo famoso del Sol.

Los delanteros entraban representando las batallas puntualmente como hauia passado: venía toda esta gente repartida en tres compañías y detrás de ellas entraron los orejones del Cuzco cantando vnas como endechas de placer. Venian estos pomposamente vestidos, con los más ricos aderezos que cada uno podía, con sus armas en las manos y de las lanzas colgadas las cabezas de algunos que hauian muerto, de los más principales y de los más preciosos despojos de las puntas de las lanças las patenas de oro y plata y algunas camisetas labradas de oro y plata: Duró entrar la gente de Vrin Cuzco, por esta orden, todo un día: fueron todos ciento y tantos esquadrones, y entre esquadron y esquadron yban los vencidos por esta orden las cabezas baxas, porque no se las consentian los orejones alçar al cielo, diciendo que con su lástima y rostros tristes y afligidos no causassen dolor y pena al hacedor y pidiesen benganza de los que hauian vencido y metido en triumpho. Trayan unos camisetas coloradas hasta los pies vestidas y las cabezas destocadas, sin *llautos* ni otra atadura, las manos metidas en los senos en son de prisioneros, y así yban poco a poco caminando por su orden a la casa del Sol, el qual estaba en un escaño de oro en la plaça en la cual hauía muchos escaños, unos de oro y otros de plata, plumería de diferentes colores y visos que hacían una agradable vista, porque conforme a los vestidos que vestía el Sol, así era el escaño y allí le adoraban hincadas las rodillas en tierra. Los soldados yban passando poco a poco en ordenanzas y los cautivos se yban quedando assentados por su orden en la plaça y la gente de guerra yba a hacer reuerencia y adoración al Ynga, que así mismo estaba allí, y hecha la reuerencia se yban asentando por su orden como venian y alrededor los vecinos del Cuzco principales riquissimamente adereçados, mirando el triumpho. Duró esta entrada de los Vrin Cuzco hasta que se cerraba la noche, entonces el Ynga se fue a su palacio con grandissimo acompañamiento de todos los orejones de su guardia y de los más principales dellos que tenía. Y los orejones de la parcialidad de Vrin Cuzco con los demás soldados que aquel día hauian entrado con ellos fuera del Cuzco, se aposentaron todos conforme lo tenía mandado Huascar Ynga, y preuenido con sus aposentadores. Y los cautivos se quedaron aquella noche en la plaça, con mucho número de soldados que los guardaban.

Otro día temprano sacaron a la plaça el estatua del Sol, con su escaño, juntamente con la figura del Yllapa Ynga y del Pacha y Acha Chico, porque así

lo estuvieron el día antes y lo estaban cuando salían a la plaza, y a doquiera que yban. Y con muy buena orden y oncierto comenzaron, por donde el día antes, a entrar los de la parcialidad Hanan Cuzco, haciendo una bella muestra de que los vecinos del Cuzco y demás gente que hauian concurrido a ella quedaron admirados, porque fueron los despojos más ricos y preciosos y los atavios mejores y de más valor de los soldados y capitanes, y así fue más vistosa y de mayor magestad esta entrada y triumpho por ser y hauver sido siempre tenuta en más y en mayor valor la gente de Hanan Cuzco. Entraron en la delantera Adcayqui Ataurymachi y Cahumana y Conchi Chapa y Huascar, fueron ciento y tantos escuadrones como el día precedente y tardaron en entrar hasta la noche, y hechas las ceremonias dichas de adorar la estatua del Sol, y hecha reuerencia a Huascar Ynga, se recogieron por orden del día antes a reposar dexando los cautivos en la plaza con guarda de soldados.

Otro día por la mañana entraron en cabildo los principales junto a los orejones de las dos parcialidades de Hanan Cuzco y Vrin Cuzco y acordaron que el Sol, su padre, diesse el triumpho a Huascar Ynga y que entrasse triumphando con lo que restaba de los despojos, riquezas y prisioneros y con la estatua y cuerpo de su Padre, que desde Quito hauian traído. Ay opiniones que dizen que a Huascar Ynga de codicia lo pidió al Sol y él se lo otorgó, y así envió al cuerpo de su padre Huaina Capac sacrificios diciendo que su brazo derecho que era él, pues era su hijo y sucesor, quería triumphar por él y, concedido, mandó adereçar las cosas que para tan honrado y famoso triumpho eran necesarias, y mandó poner por las calles muchas inuenciones de ropas muy más ricas y finas, con ynfinita argentería de oro y plata y de plumería, que hasta allí nunca hauía sido vista.

Todo comentario sobra ante una tan minuciosa narración de la más fastuosa manifestación de triunfo incaico de que se guardaba memoria, ya que por reciente estaba aún viva en la memoria de los habitantes del Cuzco, ciudad donde seguramente redactó Murúa la mayor parte de su obra.

La expresión triunfal no se limitaba a esta entrada definitiva del general victorioso con sus «escuadrones» en el Cuzco, sino que también se manifestaba inmediatamente después de la batalla, y de una manera más bárbara y hasta grandiosa. Después de la victoria del señor de Pumachoca contra las tropas de Huascar, «...los chachapoyas, hecha esta mortandad, se vañaban en la sangres de Chunquis Huamán, untándose con ella el rostro y en la demás de los enemigos...»⁶⁷. Esta euforia triunfal no terminó con esto, pues, como cuenta Murúa:

«y los chachapoyas tomaron las cabezas de Chunquis Huamán y demás indios principales que habían muerto, y las pusieron en las puertas de sus casas por *tropheo e ynsignia*»⁶⁸ de su valentía...»⁶⁹.

Dominación y conservación de las conquistas. Es de sobra conocida la organización incaica de los territorios, para que espiguemos en Murúa la repetición de nociones sabidas. Los incas tenían dos procedimientos bási-

67. I. 44. 128 (I).

68. El subrayado es mío.

69. I. 44. 129 (I).

cos, uno civil y otro militar. El civil y el administrativo consiste en la «incaización» (lo mismo que decimos «romanización») de las provincias añadidas al imperio: clasificación de los habitantes, imposición de mandos incaicos, división numérica, obligatoriedad de trabajo, servicios (incluido el militar), estructura fiscal, etcétera. El militar es el que nos interesa, es decir, la conservación de la *pax incaica*, la seguridad de que no hubiera sublevaciones, ni posibilidad de ellas. Ya vimos como la seguridad de defensa se establecía por medio de fortalezas y puestos fronterizos y, por una organización de vigilancia castrense.

Lo primero que interesaba a los incas, con perdón de los que imaginan un paraíso indígena bajo su mando, era infundir respeto a sus enemigos, quitándoles las ganas de ofenderlos nuevamente. Murúa es noticioso a este respecto, contándonos cómo Inca Yupanqui (Pachacuti):

«Fue siguiendo a los chanca hasta Anda Huaylas y en diversas vezes que peleó con ellos los venció y sujetó, y mató todas las cabezas, señores y curacas que le pareció que podían tratar de reuelarse, por asegurar con esto su señorío...»⁷⁰.

Este ejemplo de Pachacuti no fue único, pues Murúa cuenta cómo Huayna Capac, el gran conquistador del Norte, arremetió contra los de Pasto:

«...quemando poblaciones, deshaciendo los fuertes, destruyendo las chácaras y sementeras y asolando toda la tierra, y matando y prendiendo toda quanta gente hallaba en toda aquella terrible prouincia, no perdonando sexo ni hedad, por mostrarse más terrible y espantoso a los principios...»⁷¹.

Huayna Capac había vivido en tiempos en que los españoles estaban ya en el continente, aunque no hubieran llegado al Perú, es decir, muy poco antes de que Murúa recogiera noticias, o las tomara de hijos y nietos de los sacrificados. Debemos, pues, creer en su veracidad, máxime cuando Murúa no figura entre los anti-incaístas, y todos los excesos y crueldades de ellos los atribuye al *Padre de la mentira*, es decir, al demonio, admirando por todo lo demás la perfección de la organización dada por los incas a su pueblo. *Por otra parte, no censura estas drásticas medidas.*

El mismo procedimiento encontramos en los tiempos inmediatamente posteriores, durante la guerra Huaskar-Atau Huallpa. Murúa cuenta como Rampa Yupanqui, general de Huaskar, al vencer a las gentes de Quis-Quis en Tacuaray «muy goçoso por la victoria, mandó luego cortar las cabezas de los cappitanes de Atao-Hualpa que fueron presos y de otros muchos, haciendo en los prisioneros grandes castigos»⁷². Tito Atauchi, otro capitán de Huaskar, cuando aprisionó al señor de Pumacocha «...luego que le ubo

70. I. 19. 46 (I).

71. I. 32. 86 (I).

72. I. 53. 157 (I).

a las manos, lo mandó hacer quartos y poner por los caminos de su misma tierra por más atemorizar a sus vasallos, que no yntentasen rebelar de nuevo»⁷³.

Para conservar los territorios montaron los incas, según Murúa, un verdadero servicio de inteligencia (diferentes del de los espías de que ya se ha hablado y cuyo empleo era estrictamente militar), cuya misión era informar. Dice Murúa que «Otros (indios del servicio del Inca)... tenían cuenta no se alzasen los yndios sujetos, y acusaban ante el Ynga de lo que pasaba»⁷⁴.

Los otros procedimientos conocidos son también reseñados por Murúa, ya fuera el poner guarniciones incaicas o sacar parte de la gente para trasplantarla a otras tierras «de semejante temple y calidad»⁷⁵, como hiciera Tupac Inca Yupanqui, en las campañas realizadas durante el reinado de Pachacuti, que al llegar al territorio de los cañaris «...en esta frontera y fortaleza (de Quinchi Capa) puso muchos mitimas (sic), que son indios de otras partes traídos allí...»⁷⁶.

El establecimiento de la *lex Incae* iba aparejada a todo esto. Ynca Yupanqui (Pachacuti) «...conquistó hasta Pucará, y en todo lo conquistado dexó puestos caciques y señores de su mano, de los naturales, y sobre ellos dexó gouernadores de sus capitanes para que tuviesen cuidado de que por nincún sucesso se tornasen a rebelar...»⁷⁷.

CONCLUSION

Normalmente de cada cronista puede extraerse la misma linfa informativa, sobre puntos concretos, que yo he intentado con Murúa para todo lo relativo a la guerra india según sus informaciones. Creo que una labor detallada de este tipo, muchas pequeñas monografías con rigor, pero sin pretensiones ensayistas, serían la mejor contribución de los americanistas de lengua hispana, para los cuales el viejo idioma de Castilla usado por los cronistas, tiene una serie de significados que difícilmente pueden hallar los que no la hablan como lengua materna.

73. I. 45. 131 (I).

74. II. 21. 87 (II).

75. II. 23. 95 (II).

76. I. 21. 52 (I). Estos *mitimas* eran los *mima-cuna* o trasterrados.

77. I. 20. 47 (I).